

que aplicaciones ó consecuencias suyas. Admitido esto, se ve cambiar al punto el alcance de nuestra inteligencia. No somos ya simplemente capaces de conocimientos relativos y limitados; somos capaces también de conocimientos absolutos é infinitos; los datos que poseemos en los axiomas no se limitan á acompañarse el uno al otro, sino que uno de ellos encierra el otro. Si, como dice Mill, no hiciesen más que acompañarse, tendríamos que concluir, como Mill, que quizá no siempre se acompañan. No veríamos la necesidad interior de su unión; nos limitaríamos á consignarla como un hecho; diríamos que, siendo aislados los dos datos por su naturaleza, pueden darse circunstancias que los separen; no afirmariamos la verdad de los axiomas más que con relación á nuestro mundo y á nuestro espíritu. Si los dos datos á la inversa son tales que el primero encierra al segundo, reconocemos desde entonces la necesidad de su unión: dondequiera que se presente el primero llevará consigo el segundo, puesto que el segundo es una parte de él, y él no puede separarse de sí. No hay puesto entre los dos para una circunstancia que venga á desunirlos, porque no son más que una misma cosa bajo dos aspectos. Su conexión es, pues, absoluta y universal; y nosotros poseemos verdades que no admiten dudas, ni límites, ni condiciones, ni restricciones. La abstracción devuelve su valor á los axiomas, mostrando su origen, y nosotros restituimos á la ciencia el alcance que se le quita, restituyendo al espíritu la facultad que se le arrebatava.

## VI

Queda la inducción, que parece el triunfo de la pura experiencia. Y la inducción es cabalmente el triunfo de la abstracción. Cuando yo descubro por inducción que el frío es la causa del rocío, ó que el tránsito del estado líquido al estado sólido produce la cristalización, establezco una relación entre dos términos abstractos. Ni el frío, ni el rocío, ni el tránsito del estado líquido al estado sólido, ni la cristalización existen en sí. Son porciones de fenómenos, extractos de casos complejos, elementos simples encerrados en conjuntos más complejos. Yo los separo y aislo; aislo el rocío considerado en general de todos los rocíos locales, temporales, particulares, que observo; aislo el frío considerado en general de todos los fríos especiales, variados, distintos, que pueden producirse entre todas las diferencias de textura, todas las diversidades de sustancia, todas las desigualdades de temperatura, todas las complicaciones de circunstancias. Uno un antecedente abstracto á un consecuente abstracto, y los uno, como muestra el mismo Mill, mediante segregaciones, supresiones, eliminaciones. Expulso de los dos grupos que los encierran todas las circunstancias adyacentes; discierno el par de elementos en medio de todo lo que le circunda y ofusca; por una serie de comparaciones y de experiencias desprendo todos los accidentes parásitos que se han adherido á él, y

acabo así por ponerle al desnudo. Parezco considerar veinte casos distintos, y en el fondo no considero más que uno solo; parezco proceder por adición, y, en resumen, no procedo más que por sustracción. Todos los procedimientos de la inducción son, pues, medios de abstraer, y todas las obras de la inducción son enlaces de términos abstractos.

## VII

Vemos ahora los dos grandes momentos de la ciencia y las dos grandes apariencias de la naturaleza. Hay dos operaciones: la experiencia y la abstracción; hay dos reinos: el de los hechos complejos y el de los elementos simples. El primero es el efecto; el segundo es la causa. El primero está contenido en el segundo, y se deduce de él como una consecuencia de su principio. Los dos son equivalentes: son una misma cosa considerada bajo dos aspectos. Este magnífico mundo móvil, este caos tumultuoso de acontecimientos entrecruzados, esta vida incesante, infinitamente variada y múltiple, se reducen á algunos elementos y á sus relaciones. Todo nuestro esfuerzo consiste en pasar de lo uno á lo otro, de lo complejo á lo simple, de los hechos á las leyes, de las experiencias á las fórmulas. Y es obvia la razón: porque tal hecho que percibo por los sentidos ó la conciencia no es más que un trozo arbitrario que mis sentidos ó mi conciencia cortan en la trama infinita y continua del ser. Si estuviesen cons-

truidos de otra manera, interceptarian otro; el azar de su estructura es el que ha determinado ese. Son como un compás abierto, que podría estarlo menos, y que podría estarlo más. El círculo que describen no es natural, sino artificial. Tan artificial es, que lo es de dos modos, exterior é interiormente. Porque cuando yo reconozco un hecho, le aislo artificialmente de cuanto le rodea en la naturaleza, y le compongo artificialmente de elementos que no son un agregado natural. Cuando veo caer una piedra, separo la caída de las circunstancias anteriores que están asociadas á ella realmente, y junto la caída, la forma, la estructura, el color, el sonido y otra porción de circunstancias que no están unidas realmente. Un hecho es, pues, una aglomeración arbitraria, á la vez que un corte arbitrario, es decir, un grupo facticio, que separa lo que está unido, y une lo que está separado (1). Por lo mismo, mientras no miramos la naturaleza más que por la sola observación, no la vemos tal y como es: no tenemos de ella más que una idea provisional é ilusoria. Es propiamente un tapiz que no vemos más que por el envés. Por eso tratamos de volverle. Nos esforzamos en desentrañar leyes, es decir, grupos naturales que sean efectivamente distintos de lo que les rodea y que se compongan de elementos efectivamente unidos. Descubrimos pares, es decir, compuestos reales y trabazones reales. Pasamos de lo accidental á lo necesario, de lo relativo á lo absoluto, de la apariencia á la verdad; y, una vez hallados esos primeros pares, practicamos con ellos la misma operación que con los hechos. Porque, aunque en menor grado, tie-

(1) «Un hecho (me decía un físico eminente) es una superposición de leyes.»

nen la misma naturaleza. Aunque más abstractos, todavía son complejos. Pueden descomponerse y explicarse. Tienen una razón de ser. Hay alguna causa que los construye y los une. Cabe, respecto de ellos, como respecto de los hechos, buscar los elementos generadores en que pueden resolverse y de que pueden deducirse, y la operación debe continuar hasta que se llegue á elementos enteramente simples, es decir, tales que su descomposición sea contradictoria. Podemos encontrarlos ó no, existen; quedaría desmentido el axioma de las causas si faltasen. Hay, pues, elementos indescomponibles, de los cuales derivan las leyes más generales, y de éstas las leyes particulares, y de estas últimas los hechos que observamos, así como hay en geometría dos ó tres nociones primitivas, de las cuales derivan las propiedades de las líneas, y de éstas las propiedades de las superficies, de los sólidos y de las innumerables formas que la naturaleza puede efectuar ó el espíritu imaginar. Ahora podemos comprender la virtud y el sentido de ese axioma de las causas que rige todas las cosas, y que ha mutilado Mill. Hay una fuerza interior que suscita todo fenómeno, que traba todo compuesto, que engendra todo dato. Esto significa, por una parte, que hay una razón para toda cosa, que todo hecho tiene su ley; que todo compuesto se reduce á simples; que todo producto implica factores; que toda cualidad y toda existencia deben deducirse de algún término superior y anterior. Y significa, por otra parte, que el producto equivale á los factores; que los dos no son más que una misma cosa bajo dos apariencias; que la causa no difiere del efecto; que las potencias generadoras no son más que las propiedades elementales; que la fuerza por la cual figuramos la naturaleza, no es más que la necesidad

lógica que transforma uno en otro el compuesto y el simple, el hecho y la ley. Con esto designamos de antemano el término de toda ciencia, y tenemos la poderosa fórmula que, estableciendo la trabazón invencible y la producción espontánea de los seres, pone en la naturaleza el resorte de la naturaleza, á la vez que clava y aprieta en el corazón de toda cosa viva las tenazas de acero de la necesidad.

## VIII

¿Podemos conocer esos elementos primeros? Así lo creo, por mi parte; y la razón en que me fundo es que, siendo abstractos, no se hallan fuera de los hechos, sino comprendidos en los hechos; de modo que no hay más que sacarlos de ellos. No sólo eso: siendo los más abstractos, es decir, los más generales de todos, no hay hechos que no los comprendan y de los cuales no puedan extraerse. Por limitada, pues, que sea nuestra experiencia, podemos alcanzarlos, y, basándose en esta consideración, han intentado sus grandes construcciones los modernos metafísicos de Alemania. Han comprendido que hay nociones simples, es decir, términos abstractos indescomponibles, cuyas combinaciones engendran todo lo demás, y que las reglas de sus uniones ú oposiciones mutuas son leyes primeras del universo. Han tratado de alcanzarlos y de descubrir el mundo por el puro pensamiento, tal y como la observación nos le muestra. Han fracasado en parte,

y su gigantesca construcción, frágil y artificiosa, se desmorona como esas armazones provisionales que sólo sirven para indicar la traza de un edificio futuro. Es que á su sentido profundo de nuestro poder no acompañaba la exacta percepción de nuestros límites. Porque nosotros nos hallamos envueltos totalmente por la infinidad del tiempo y del espacio; nos encontramos arrojados en medio de ese monstruoso universo como una concha á la orilla de una playa ó como una hormiga al pie de un talud. En esto dice verdad Mill: al término de todos nuestros conocimientos, como al principio de todos nuestros datos, tropezamos con el azar; por mucho que nos esforcemos, no podemos hacer más que remontarnos hasta un estado inicial, y eso por conjetura; pero ese estado depende de un estado anterior, que á su vez depende de otro, y así sucesivamente; de manera que nos vemos obligados á aceptarle como un puro dato, y á renunciar á deducirle, aunque sepamos que debe deducirse. Así sucede en todas las ciencias, en geología, en historia natural, en física, en química, en psicología, en historia; y el primitivo accidente extiende sus efectos por todas las partes de la esfera en que se halla comprendido. Si el accidente hubiese sido otro, no tendríamos los mismos planetas, ni las mismas especies químicas, ni los mismos vegetales, ni los mismos animales, ni las mismas razas de hombres, ni quizá ninguna de estas clases de seres. Si la hormiga fuese transportada á otra región, no vería los mismos árboles, ni los mismos insectos, ni la misma disposición del suelo, ni las mismas revoluciones del aire, ni quizá ninguna de esas formas del ser. Hay, pues, en todo hecho y en toda cosa una porción accidental y local, porción enorme, que, como todo lo restante, depende de las leyes primitivas, pero

no depende de esas leyes mas que al través de un circuito infinito de consecuencias; de suerte que entre ella y las leyes primitivas hay una laguna infinita, que sólo una infinita serie de deducciones podría colmar.

He ahí la porción inexplicable de los fenómenos y lo que han tratado de explicar los metafísicos de allende el Rhin. Han querido deducir de sus teoremas elementales la forma del sistema planetario, las diversas leyes de la física y de la química, los principales tipos de la vida, la sucesión de las civilizaciones y de las ideas humanas. Han torturado sus fórmulas universales para sacar de ellas casos completamente particulares; han tomado consecuencias indirectas y lejanas por consecuencias directas y próximas; han omitido ó suprimido el gran rodaje que se interpone entre las primeras leyes y las últimas consecuencias; han apartado de sus cimientos el azar como un estrato indigno de la ciencia; y ese vacío que dejaban, mal relleno por materiales sobrepuestos, ha hecho que se desplome toda la fábrica.

¿Quiere esto decir que, en los datos que este pequeño cantón del universo nos suministra, todo sea local? De ningún modo. Si la hormiga fuese capaz de experimentar, podría adquirir la idea de una ley física, de una forma viva, de una sensación representativa, de un pensamiento abstracto, porque un palmo de tierra en donde existe un cerebro que piensa contiene todo eso; de forma que, por reducido que sea el campo de un espíritu, encierra datos generales, es decir, difundidos por territorios exteriores muy vastos, donde su limitación le impide penetrar. Si la hormiga fuese capaz de discurrir, podría construir la aritmética, el álgebra, la geometría, la mecánica, porque un movimiento de media pulgada contiene en compendio

el tiempo, el espacio, el número y la fuerza, todos los materiales de las matemáticas; de forma que, por reducido que sea el campo de un espíritu, encierra datos universales, es decir, difundidos por todo el territorio del tiempo y del espacio. Si la hormiga fuese filósofa, podría discernir las ideas del ser, de la nada, y todos los materiales de la metafísica, porque un fenómeno cualquiera, interior ó exterior, basta para presentarlos; de forma que, por reducido que sea el campo de un espíritu, contiene datos absolutos, es decir, que no pueden faltar en ningún objeto. Y forzoso es que así sea, porque cuanto más general es un dato, menos hechos hay que recorrer para descubrirlo; si es universal, en todas partes se encuentra; si es absoluto, no puede dejar de encontrarse. He aquí por qué, á pesar de la limitación de nuestra experiencia, es posible la metafísica, es decir, la indagación de las causas primeras, á condición de permanecer el pensamiento á una gran altura, de no descender al detalle, de considerar solamente los elementos más simples del ser y las tendencias más generales de la naturaleza. Si alguien recogiese las tres ó cuatro grandes ideas adonde nuestras ciencias conducen, y los tres ó cuatro géneros de existencia que resumen nuestro universo; si comparase esas dos extrañas cantidades que se llaman la duración y la extensión, esas formas ó determinaciones principales de la cantidad que se llaman leyes físicas, tipos químicos y especies vivas, ese maravilloso poder representativo que constituye el espíritu, y que, sin caer en la cantidad, reproduce las otras dos y se reproduce á sí propio; si descubriese entre esos tres términos—la cantidad pura, la cantidad determinada y la cantidad suprimida (1),—un orden tal que la

(1) *Die aufgehobene quantitat.*

primera trajese la segunda, y la segunda la tercera; si reconociese así que la cantidad pura es el comienzo necesario de la naturaleza, y el pensamiento el término extremo de que toda la naturaleza está pendiente; si después, aislando los elementos de esos datos, mostrase que deben combinarse como están combinados, y no de otro modo; si probase, en fin, que no hay otros elementos, y que no puede haber otros, habría bosquejado una metafísica sin invadir las ciencias positivas, y tocado el manantial sin verse obligado á descender hasta el término de todos los riachuelos.

En mi sentir, esas dos grandes operaciones—la experiencia, tal y como V. la ha descrito, y la abstracción tal y como yo he tratado de definirla,—constituyen todos los recursos del espíritu humano. Una es la dirección práctica; otra es la dirección especulativa. La primera conduce á considerar la naturaleza como un concurso de hechos; la segunda como un sistema de leyes. La primera, empleada sola, es inglesa; la segunda, empleada sola, es alemana. Si hay un lugar entre las dos naciones, es el nuestro. Nosotros hemos ensanchado las ideas inglesas en el siglo XVIII; en el siglo XIX podemos precisar las ideas alemanas. Nuestra obra consiste en templar, corregir, completar los dos espíritus uno por otro, fundirlos en uno solo, expresarlos en un lenguaje que todo el mundo entienda, y convertirlos de esa suerte en el espíritu universal.

## IX

Salimos. Como ocurre siempre en semejantes casos, cada uno de los dos había hecho reflexionar al otro, y ninguno de los dos había convencido al otro. Pero esas reflexiones fueron breves: ante una hermosa mañana de Agosto se acaban todas las disquisiciones. Los vestustos muros, las piedras desgastadas por la lluvia sonreían al nacer el sol. En los dentellones de los muros, en los festones de los arcos y en el lustroso follaje de la yedra posábase una luz amarilla. Las madresevas y los rosales trepadores subían por las ventanas, y sus corolas temblaban y relucían al tenue soplo del aire. Los surtidores de agua murmuraban en los grandes patios silenciosos. La encantadora ciudad surgía de las brumas matinales, tan engalanada y tan serena como un palacio de hadas, y su ropaje de suave vaporosa, semejante á una saya labrada del Renacimiento, lucía un bordado de torres, claustros y palacios, ceñido cada uno por su marco de verdor y de flores. Las arquitecturas de todas las edades mezclaban sus arcos, sus estatuas y sus columnas; el tiempo había fundido sus tintas; el sol las unía en su luz, y la antigua ciudad parecía un estuche, donde todos los siglos y todos los genios habían puesto y cincelado su joya. Por fuera corría el río, dilatándose en relucientes sábanas de plata. Los prados rebosaban de crecida hierba, donde los segadores se hundían hasta la rodilla.

Los botones de oro, las innúmeras ulmarías, las gramíneas vencidas por el peso de su cabeza gris, las plantas empapadas en el rocío de la noche, pululaban en aquella rica y pingüe tierra. No hay palabras para expresar aquella frescura de tintas y aquella abundancia de savia. A compás que retrocedía la gran línea de sombra, aparecían las flores á la luz, brillantes y lozanas. Al verlas virginales y tímidas envueltas en aquel dorado velo, se pensaba en las mejillas de púrpura, en los hermosos y modestos ojos de una doncella que por primera vez se ciñe su collar de piedras preciosas. En torno de ellas, como para custodiarlas, prolongábanse en hileras regulares árboles enormes de cuatro siglos de edad; y allí veía yo un nuevo testimonio de ese sano sentido práctico de un pueblo que ha consumado revoluciones sin cometer desastres, que todo lo ha mejorado sin destruir nada, que ha conservado sus árboles como su constitución, que ha cortado las ramas viejas sin derribar el tronco, y es hoy, entre todos los pueblos, el único que goza, no sólo del presente, sino del pasado.